

Elda Rosa Pérez  
Espinosa

*La Institución  
Hispanocubana de  
Cultura*

La Institución Hispanocubana de Cultura quedó legalmente constituida el 22 de noviembre de 1926. La propuesta para su creación la realizó Fernando Ortiz en la junta de gobierno de la Sociedad Económica Amigos del País. Fue la agrupación intelectual con más tiempo de duración que dirigió y su accionar se enmarca en dos etapas principales: desde su establecimiento hasta 1932 y una segunda de 1936 a 1947.

A 90 años de su fundación –cuando el estudio de las ideas en la República ha estado sujeto a intensos análisis– aún no han sido apreciados sus aportes a la defensa de la identidad cultural cubana. Dispersos son los trabajos investigativos sobre la movilización que se produjo en el campo de las ideas a través de la entidad. Hasta la fecha las pesquisas realizadas se centran en su caracterización –observadas desde un punto de vista historicista. Ninguno de los estudios la ha personalizado profundamente. No existen análisis del pensamiento que llega a Cuba a través de sus gestiones, ni se tejen redes intelectuales que permitan realizar una verdadera evaluación de las posturas del pensamiento que se exteriorizan a través de ella. He aquí la necesidad de ahondar las investigaciones sobre el tema. (Pérez 1)

Desde su surgimiento a través de esta Institución se instó a defender una identidad cultural incluyente. De otra parte tenían presente una raigal cubanía, que dictó los rumbos necesarios para orientar al pensamiento cubano de la República en defensa de su identidad cultural. Como parte de la labor de esta asociación, las materias abordadas en las conferencias impartidas y las publicaciones se constituyeron en urgencias para la intelectualidad de su época. Las temáticas incluían filosofía, ética, sociología, política, economía, ciencias naturales, sexología, estética, religión, entre otras; erigiéndose como una protesta antihegemónica y continuadora de una cultura de resistencia.

He aquí la relevancia del estudio del pensamiento de un núcleo de intelectuales que a través de la Institución Hispanocubana de Cultura asumen como objetivo procurar el incremento de las relaciones entre Cuba y España, pero con el fin de preservar la cultura que les es propia. Expresó Emilio Roig de Leuchsenring: «eso sí es acercamiento hispano-cubano, conocimiento, identificación y mutuo estudio entre cubanos y españoles... así es como habremos destruido esos mitos de la raza y la religión» ( ctd en Del Toro 16).

Es por esto comprensible que en el prólogo del libro *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, de Carlos del Toro González, Miguel Barnet exprese: «La Institución Hispanocubana de Cultura no fue jamás un conciliábulo de aldeanos con afanes de municipalidad» (8). De aquí la vigencia y actualidad de la labor realizada a través de la Institución. Barnet lo ratifica cuando apunta que ahora se habla de globalización y Ortiz se refirió a la mundialización de la cultura con una visión desprejuiciada —no entrañaba la negación de los valores nacionales y respetaba el legado de otros pueblos.

Refiere Carlos del Toro que la Institución Hispanocubana de Cultura fue uno de los resultados más representativos del bregar intelectual, teórico y práctico de Fernando Ortiz (9), incluso afirmó que el debilitamiento físico de Ortiz —más que otro factor— propició su desaparición (Ídem); este criterio es sostenido en otras publicaciones sobre el tema. Sin embargo, si se afirmara que el deterioro de la salud de su presidente hizo que dejara de funcionar la entidad, se estarían obviando las circunstancias históricas por las que surge e incluso por las que desaparece. Hasta pareciera, en la mayoría de los estudios

realizados, que los miembros o integrantes de la fundación solo fueron colaboradores. En general, al hacer valoraciones se exalta el papel desempeñado por Fernando Ortiz como presidente permanente de la asociación. Papel no cuestionable y sí meritorio, pero sería preciso reconsiderar estas visiones —se supedita la esencia de la Institución— e incluso, se demerita la labor de Fernando Ortiz. Es estimable tener presente que el discurso de las individualidades se llega a conocer con más profundidad, se asevera y fortifica a través de las instituciones: de esta connotación si alguien estaba consciente, era Fernando Ortiz.

Alrededor de su figura se concentraba gran parte del pensamiento cubano. Fue Ortiz quien presentó a consideración de la junta de la Sociedad Económica Amigos del País la moción para crear la entidad. Aunque esto no quiere decir que la fundación estuviera sujeta a un solo nombre.

Tres tipos de socios formaron la sociedad: los titulares —solo sesenta— tenían voz y voto y pagaban solo un peso. Los *ex officio*, condición que otorgaron a las personas responsabilizadas con cargos como algunos presidentes o delegados de asociaciones cubanas o españolas que aceptaron su reglamento y los socios protectores. Los demás contribuyentes ordinarios pagaban dos pesos. La asociación propuso una gobernación que tomaba los acuerdos a través de una Junta General integrada por todos los socios titulares y *ex officio*. Para hacer cumplir los acuerdos se elegía —por dos años— una Junta Ejecutiva compuesta por: un presidente, tres vicepresidentes, un secretario, un tesorero, un contador, un director de propaganda y nueve vocales (Del Toro 19).

Quienes fueron dirigentes, miembros o colaboradores de esta institución estuvieron presentes en momentos cruciales de la historia del pensamiento en la República. Se destacan —entre otros no menos representativos— Max Henríquez Ureña, Juan Marinello, José María Chacón y Calvo, Elías Entralgo, Herminio Portell Vilá, Ramón Grau San Martín, Jorge Mañach, Emilio Roig de Leuchsering, Félix Lizaso. Los mismos, que de una forma u otra promovieron debates acerca de la situación económica y sociopolítica del país, tomando como base el «carácter nacional», la «psicología del cubano», o la denuncia de Mañach: «La crisis de la alta cultura». En la Institución Hispanocubana de Cultura

están presentes los intelectuales que Félix Lizaso, en 1938, relacionó en *Ensayistas contemporáneos*. Este fue un grupo participante en acontecimientos trascendentales. Algunos estuvieron presentes en la Protesta de los Trece: Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Juan Marinello Vidaurreta, José Zacarías Tallet, Jorge Mañach y Robato. Luego fueron editores de la *Revista de Avance*. Concurrentemente formaron parte del Grupo Minorista. Uno de sus vocales fue Conrado Walter Massager, director de la revista *Social*. Lino Novás Calvo fue fundamental para la redacción de las notas bibliográficas de *Ultra*: «Actuales eran las notas bibliográficas de *Ultra*, cuya tarea compartía principalmente con Ortiz, Lino Novás Calvo. La versatilidad de Lino Novás en el manejo de las lenguas extranjeras le convirtieron, además, en el atareado e inflexible traductor de la *Hispanocubana*» (Hernández 825). Por ende Ortiz, por su ganado prestigio, fue su presidente permanente, pero tuvo una junta directiva de autoridad, con miembros y colaboradores que representaron un valioso grupo de cubanos.

La Institución fue objeto de indagación policiaca por ser sus miembros opositores del régimen de Machado. Haberse manifestado en contra de las burlas a las elecciones constitucionales y la prórroga de poderes causó que: «La *Hispanocubana* tuvo que ser clausurada y muchas de sus figuras más preclaras, con Ortiz a la cabeza, salir del país al destierro o en casos de suerte más adversa sufrir cárcel política» (Hernández 820).

En la segunda etapa de funcionamiento de la Institución, en el discurso donde presentaba a Américo Castro, Fernando Ortiz esclarece la ardua labor que efectuaron a favor de la cultura frente a incomprendimientos y hostilidades:

No importa que la *Hispanocubana de Cultura* haya tenido y tenga detractores; también los tuvo la *Sociedad Económica*. Y si varios de los directores de la *Hispanocubana* hasta han visitado cárceles y sufrido persecuciones; igual pasó hace un siglo con los más destacados patricios de la *Sociedad Económica* (ctd en Hernández 821).

Como pensamiento continuador de estas generaciones anteriores, en su opinión no podía haber tarea cívica más real, ni de mayor trascendencia patriótica, que la de intensificar honradamente la cultura en Cuba, por lo cual enaltecieron esta

labor a través de sus órganos difusores. El primer mensuario que editó la Institución se denominó *Surco*, a partir de un postulado martiano: «Pensar es abrir surcos». En 1936, cuando la institución reanuda su labor, surge *Ultra*, que según declararon era un órgano difusor de las «vibraciones del pensamiento contemporáneo». Constituía, a juicio de Ortiz, un instrumento para la difusión en las naciones hispanoparlantes de la cultura que «florece en lenguajes exóticos»; razón esta por la cual tardaba más en ser asimilada por los que carecían de los conocimientos lingüísticos o el dinero para seguir de cerca la renovación del pensamiento universal. Más allá, siempre más allá: por eso el mensuario llevaba el título de *Ultra*.

Repasar las sendas de la Institución Hispanocubana de la Cultura conlleva una travesía por toda la Isla. Esta entidad irradia su andar a otras sociedades españolas del país, las cuales rediseñaron su propósito rebasando los límites de sociedades de «recreo». Esto se aprecia en una carta que envió Ortiz a José Castillejo donde refleja los logros que se alcanzaron con la participación de algunos conferencistas españoles que inauguraron las filiales de Santiago, Matanzas, Sagua, Manzanillo, así como de otras en Camagüey y Santa Clara (esta última no aparece registrada en otros documentos).

Alrededor de estas filiales se encuentran una serie de intelectuales que realzan la labor de la Hispanocubana, como por ejemplo, Max Henríquez Ureña, que a partir de experiencias de otros países latinoamericanos, desde 1923 percibió la necesidad de organizar un contacto más estrecho entre España y Cuba.

Cuando se logró este objetivo, Max Henríquez Ureña creó la primera filial en Santiago de Cuba. Se difundieron así los desempeños de la institución al interior del país, lo cual constituyó uno de los aspectos más destacados en esta primera etapa de funcionamiento.

La relevancia de esta institución se concentra en que fueron las instituciones culturales las impulsoras de las relaciones culturales y científicas entre España y América. Para la Institución Hispanocubana de Cultura, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) fue su representación en España. Al igual que la de Buenos Aires se nutrió de fondos procedentes de particulares, muchos de ellos miembros de las colectividades

españolas como el Centro Asturiano, el Centro Gallego, el Casino Español, el Centro Andaluz. Dueños de empresas como la Editorial Cultural S. A. y la compañía Trasatlántica Española, que redujo en un cuarenta por ciento el precio de los billetes de los profesores españoles invitados a la Isla. Asimismo, hubo un donativo especial de Avelino Gutiérrez, propulsor de la Institución Cultural Española de Buenos Aires.

Sin embargo la JAE reconoció —he aquí su relevancia— que el carácter de la Hispanocubana era diferente del de otras instituciones de Latinoamérica, integradas exclusivamente por emigrantes españoles, cuyo objetivo principal era exaltar los valores de la españolidad. La Institución Hispanocubana de Cultura demostró sus diferencias con otras homólogas; la entidad actuó en bien y beneficio de abrir caudales culturales en Cuba. El intercambio cultural y científico no era privativo entre Cuba y España, sino que existía también con el resto de los países latinoamericanos y el mundo.

Las actividades de la Institución Hispanocubana de Cultura comenzaron en 1927 a cargo de Blas Cabrera y Fernando de los Ríos. Estos intelectuales impartieron conferencias en diferentes escenarios como la Asociación de Dependientes, la Universidad de La Habana, el Casino Español y el Teatro Nacional de La Habana.

A su término, ambos visitaron los centros de la Institución Hispanocubana de Cultura de Cienfuegos y Sagua la Grande. Además de ellos, por la Institución Hispanocubana de Cultura pasaron María de Maeztu, Luis de Zulueta, Gregorio Marañón, Luis Araquistain, Américo Castro, Gabriela Mistral, José Gaos, Fernando de los Ríos, Camilo Barcia Trelles, Federico García Lorca, Joaquín Xirau, Manuel Aznar, Gustavo Pittaluga, José Ortega y Gasset, Adolfo Salazar, Claudio Sánchez Albornoz, José Ferrater Mora, Wenceslao Roces, entre otros no menos representativos.

Lentamente se fueron tejiendo las redes entre Cuba y España. Se aprovecharon los viajes para que se visitaran varios países y así se abarataban los costos. Los presidentes de las instituciones culturales estuvieron en contacto entre sí y con el Instituto Hispano-Mexicano, con la Universidad de Puerto Rico y con el Instituto de las Españas —posteriormente denominado Instituto Hispánico— de la Universidad de Columbia de Nueva York, dirigida por Federico de Onís.

Cuando la JAE dejó de existir, aún seguían los intercambios y la llegada de científicos e intelectuales españoles a Cuba, México, Puerto Rico, Argentina, Uruguay, Chile y otros países, incluyendo Estados Unidos. Este intercambio propició un estrecho contacto que favoreció la acogida de muchos de estos intelectuales cuando el exilio español.

Este proyecto explícitamente expresado en «mundializar» a Cuba no significó la renuncia a fortalecer las tradiciones patrióticas nacionales, lo cual fue un objetivo fundamental de la acción intelectual a través de la Institución Hispanocubana.

Recurrentemente se hacía alusión a este propósito. En la presentación de la revista *Ultra* – su órgano difusor – se expresa:

No puede haber tarea cívica más real ni de mayor trascendencia patriótica que la de intensificar hondamente la cultura de Cuba, la cual tiene en el vigorizamiento de su civilización el único firme baluarte de su nacionalidad. Solo la cultura activa y no palabrera puede realizar totalmente en nuestra tierra el programa de Martí y del noble patriciado que a lo largo del siglo XIX dieron alma, vida y dignidad a esta nación (Ortiz, Nota del director 1).

Cuando se hace referencia a la cultura activa y no palabrera proponen una vía práctica y no contemplativa. El mérito de esta noción de cultura es que se estaba abordando desde una concepción filosófica. No era solo la cultura del individuo «ilustrado», sino la apropiación de la cultura de un pensamiento anterior ajustada a evaluaciones propias. Como plantea Rafael Plá León: «El hombre que actúa no sólo está preguntando cómo hacer, sino está buscando la forma de hacerlo mejor; y esto ya se aplica a una posición crítica con respecto al pasado...» (8).

El pensamiento cubano que se aglutina a través de la entidad en la búsqueda de defender su identidad cultural debió propiciar en primera instancia la comprensión de un «nosotros mismos». Se trataba de apropiarse un modo de pensar originario dentro del conjunto universal. La pretensión era fomentar una sabiduría cubana en la que se incorporaran: «las vibraciones del pensamiento moderno» (Ortiz «El noveno tomo de *Ultra*» 1), pero a partir de intereses patrióticos como lo expresó su director en el primer número de *Ultra* en 1936.

A través de la Hispanocubana se trata de convencer al pensamiento cubano de que existen estrechos vínculos entre cultura y política. Identifican la cultura como el medio adecuado para lograr acertadas aspiraciones políticas: «Ser culto es la única manera de ser libres, dijo para todos José Martí. Y tal es el lema de ULTRA. Cultura y libertad son términos interdependientes, como lo son antitéticos: ignorancia y opresión» (Ortiz «En el cuarto año» 1).

Indudablemente existió una sobrevaloración en esta aprehensión de la cultura. Interpretación que proviene de la certeza de una formación nacional inconclusa que se manifiesta a través de la lógica: continuidad-ruptura entre colonia-república, que la intelectualidad cubana que se manifiesta a través de la Institución considera el problema más urgente de Cuba. La entidad se sintió deudora de un pensamiento anterior.

Los instrumentos metodológicos que se utilizan para interpretar la historia del pensamiento a través de la Institución Hispanocubana de Cultura se respaldan en una teoría historiográfica de base filosófica idealista, ligada al ideal liberal de la burguesía nacional. Sin embargo, esto no menoscababa la defensa de la cultura hispanoamericana y la renovación de una conciencia nacional. La interpretación de la realidad epocal que realizan los intelectuales que se expresan a través de la Hispanocubana de Cultura se traduce en un programa de integración hispana, desestimando la integración a partir de la concepción de raza y sí teniendo en cuenta una integración cultural. Esos conceptos que Ortiz llamó «llevados y traídos» no lograrían una verdadera integración: «El mundo hispánico comprende confesiones muy distintas y posturas filosóficas individuales muy acentuadas, y todas muy respetables y armonizables en un concepto supremo de cultura hispánica» (ctd en Del Toro 98).

El mérito de los análisis realizados a través de la Institución es la superación paulatina del positivismo arraigado en muchos de sus miembros. El tributo a la renovación del pensamiento en Cuba se correspondió con las posibilidades y limitaciones de la burguesía nacional que se manifestó a través de ella. Otra arista meritoria fue las dudas que sembró la entidad acerca de las potencialidades de esta burguesía en la solución del problema nacional. Lógicos los ataques: «Unas veces se nos tacha de izquierdistas y otras de derechistas, sin duda por no haber fijado



todavía la humanidad dónde está el verdadero centro que pueda servir de punto de indudable referencia.» (Ortiz, «Ya en el tercer año» 2).

Los temas abordan de una u otra manera la identidad americana. Se le prestó especial atención a la vanguardia, el papel del intelectual en la sociedad, el americanismo y el antiimperialismo. Se enfatizó en el sistema de valores de la sociedad cubana, aunque no se deslindaron de la estética en el orden de la disciplina filosófica. En los primeros años de la fundación al ser muchos de sus integrantes miembros del Grupo Minorista existieron las mismas preocupaciones por un arte renovador. Esta inquietud se sostuvo durante las dos etapas de funcionamiento de la entidad con una particularidad específica, a través de la Institución: el arte se articulaba con la problemática ideológica y política. Buscaban en el arte una auténtica expresión de lo cubano y lo latinoamericano. Contribuyeron de algún modo al rescate de lo que planteaban los intelectuales latinoamericanos: los valores autóctonos.

Hecho relevante el anterior pues la Institución asumió una concepción multifactorial. Al estar la membresía compuesta por Ortiz, Mañach, Marinello o Roa se expresaron diferentes preocupaciones a través de la diversidad de temas que abordaron o salvando sus heterogéneas posiciones ideológicas. Con una característica esencial: su vinculación orgánica a la lucha cubana por mantener su identidad.

Para el pensamiento que se expresa a través de la Hispanocubana de Cultura sustentarse en el ideario martiano era tener en cuenta un pensamiento que trascendió su época: un pensamiento fundador. Máxime en un período donde eran necesarios nuevos paradigmas para interpretar y transformar el modo de pensar.

El ascenso del fascismo en Europa creó también un nuevo contexto para el panorama cubano, sobre todo en el ámbito político. La Institución Hispanocubana de Cultura tiene el mérito — aún no apreciado en su totalidad — de crear condiciones para la movilización del pensamiento cubano en contra de la ideología fascista. Fue de las primeras instituciones en realizar acciones con respecto a la solidaridad con la República Española.

A través de la Institución las nuevas ideas llegadas de Europa, Estados Unidos, y de otros países latinoamericanos eran objeto

de discusión y divulgación. De este modo el pensamiento que se aglutinaba a través de la entidad mostraba el afán que les impulsaba.

Precisamente por la política del gobierno español y los lazos culturales que unían a España con Cuba la solidaridad del pueblo cubano con el español era manifiesta. En enero de 1938 el vicepresidente de la Institución —Juan Marinello— informó en acto masivo de su visita a España. Dio a conocer una carta de Antonio Machado y sus impresiones sobre las acciones fascistas.

Sobre estas maniobras fascistas y la situación en Europa, en el volumen VII el presidente de la entidad expresó: «En Europa se restablecen los viejos absolutismos, se queman los libros frente a las universidades, se persiguen a los pensadores inconformes y reformistas, se expulsa a los judíos, se reanudan las intolerancias religiosas, se reviven los racismos más absurdos...» (Ortiz, «En el cuarto año» 2). Se refiere también a la situación americana, donde se pretende anular la capacidad de pensar en los jóvenes.

Esa línea reaccionaria del pensamiento internacional también se hacía notar en Cuba. La recepción de las ideas irracionalistas se acentuaba con el auge del fascismo y les servían de soporte ideológico. En este caso es importante tomar en cuenta las vertientes que tomaban las ideas irracionalistas en Cuba bifurcándose en una fascista y otra pronorteamericana.

Es necesario esclarecer que la entidad, y por consiguiente la revista *Ultra* como su órgano difusor, antes de la Segunda Guerra Mundial tenía un marcado carácter antisoviético y anticomunista. Sin embargo a partir de 1939, con la entrada de Estados Unidos en el bloque antifascista, cambia su política. En cierto sentido se comienza a simpatizar con la URSS.

Por esta razón, en la presentación de diferentes volúmenes de *Ultra* el director de la entidad hizo énfasis en traer a Cuba las formas de pensar de otras culturas; es decir, abogaron por la universalidad de la cultura. En consecuencia, se afirma que a través de la entidad se favorece la posibilidad de asimilar el pensamiento universal. Se trató de impedir el enclaustramiento cultural y el rechazo hacia lo extraño, según plantea su director en «El cuarto año de *Ultra*», presentación del volumen VII de *Ultra* en 1939. Asimismo asegura que para la vida de un pueblo

era tan dañino el monocultivo como la monocultura: «La diversidad de producciones es para el sustento nacional tan indispensable en lo económico como en lo mental. ULTRA quiere hacer obra de importación de ideas y de semillero para que luego podamos hacer mejor selección experimental y, al fin, más provechosos trasplantes» (2).

Posición que venían sosteniendo desde la reapertura de la entidad, e incluso en la selección de los artículos que hacen para publicar en *Ultra*.

En consecuencia, en estos años tan difíciles se erigieron como principales temas de discusión filosófica el hombre y su lugar en el mundo, la crisis mundial y el progreso social. En cuanto a la religión divulgaron principalmente a autores franceses y norteamericanos. Contrastaron las vertientes del catolicismo y el protestantismo, el espiritismo y el ocultismo. Estas diferentes posiciones religiosas se contraponen para encontrar sus raíces gnoseológicas, relacionadas con las condiciones sociales que hacen posible el arraigo de la enajenación religiosa. El presidente de la Institución ya había indagado en los estudios religiosos en Cuba. Por tanto se considera un elemento progresista que fueran capaces de indicar no solo las mencionadas raíces gnoseológicas, sino desentrañar —desde la difusión cultural— el medio para enfrentar las supersticiones.

No obstante lo anterior, no se desestimó un tema que comenzó a volverse recurrente: el marxismo; sin embargo, afrontaron posturas de total enfrentamiento, abiertamente antimarxistas, pues existía una comprensión prejuiciada ante el marxismo, por identificarlo con el marxismo dogmático. Un aspecto a considerar es la presencia, cada vez más frecuente, de los marxistas más reconocidos de esta generación de la República. Significativas fueron las conferencias de algunos de ellos, de Carlos Rafael Rodríguez, «Cuba en la perspectiva económica de la postguerra»; de Raúl Roa, «El anarquismo, el comunismo», y de Blas Roca, «Algunos problemas de las relaciones cubano-americanistas en la postguerra».

Demostrativo de esto fue la constitución del Instituto de Intercambio Cultural Cubano-Soviético, presidido por Ortiz y cuya sede provisional fue el local de la Institución Hispanocubana de Cultura. En agosto de 1945 también se

comenzó a editar la revista *Cuba y la URSS*, que salió a la luz de 1945 a 1951.

El 11 de julio de 1945 se celebró la «Convención Democrática Pro-República Española» para pedir al gobierno cubano la ruptura de relaciones con España. Los temas tratados fueron la ruptura de relaciones con Franco, reconocimiento del gobierno republicano español, dar el máximo apoyo moral y material a la lucha contra el franquismo, luchar activamente contra las actividades falangistas en Cuba.

Por su pertinaz labor, a través de la institución se contribuyó a que en Cuba y los países de América se comprendiera el alcance de la ideología fascista. Con su apoyo moral y material cooperó con el derrocamiento del fascismo.

Uno de los acontecimientos más importantes de la historia de España es la emigración española a causa de la guerra de 1936 a 1939. Si bien a principios de 1900 fue notable la llegada de españoles a Cuba, en esta etapa adquiere nuevas características. La condición humana de la emigración de este período dejó una nueva impronta en la cultura cubana; su aporte consolidó la vida intelectual del país. Principalmente el exilio filosófico dejó un importante legado en la intelectualidad cubana.

Sin embargo, la postura asumida por la Institución Hispanocubana de Cultura, no ha sido valorada en toda su magnitud, no se han realizado juicios profundos acerca de esta institución, insigne en la tutela de los exiliados españoles en Cuba.

Medardo Vitier expresó que los profesores españoles habían avivado los intereses filosóficos en Cuba: «Esta clase de influencia no es mensurable» (Vitier 312). Atestiguó que a partir de la década de los cuarenta la universidad había creado nuevas cátedras de Filosofía confiadas a profesores capaces: «El mencionado paso de distinguidísimos profesores españoles por nuestras cátedras ha acrecentado las corrientes en esa línea de estudios» (Ídem).

A través de la Institución Hispanocubana de Cultura el pensamiento exiliado español sirvió de premisa para el fomento y difusión del pensamiento filosófico. He aquí la relevancia del estudio del pensamiento de un núcleo de intelectuales, que asumen como objeto procurar el incremento de las relaciones entre Cuba, España y la comunidad hispana. Los motivaba el afán de difundir la cultura que les era propia. Así propiciaron

el conocimiento del acontecer contemporáneo para interpretarlo e incorporarlo de una forma productiva a la realidad nacional.

En un inicio la noción de cultura a través de la entidad fue pensada sobre un mismo ideal entre cubanos y españoles residentes en Cuba. Los ánimos que estimularon esta fundación se erigieron como un proyecto incitador de voluntades en defensa de la identidad cultural cubana. Desde su surgimiento —por la naturaleza de las conferencias y las publicaciones— en el tiempo en que se mantuvo activa la Institución confluyeron las más disímiles y antagónicas corrientes ideológicas, apreciándose en los temas y tendencias filosóficas una valoración de las condiciones culturales, socioeconómicas y políticas del proceso histórico de consolidación de la nación cubana, sin desestimar los vínculos con la cultura universal. Pero el pensamiento de algunos de sus miembros sobre la comprensión de la cultura evolucionó; en algunos casos se cambió el enfoque elitista, otros tomaron nuevas posiciones.

Antonio Hernández Travieso presenta argumentos preclaros para demostrar la desaparición de la entidad (826). Explicita que para la fecha en que se dispersa la institución, dentro de los miembros ya existían muchas contradicciones.

Uno de los acontecimientos que desencadenó disgregaciones fue el estallido de la guerra civil española. Este hecho repercutió con doble fuerza. La conciencia cubana se encontraba humillada políticamente. Las reacciones en contra de la dictadura pro-imperialista de Batista se fusionaron en la práctica con las consignas de solidaridad contra Franco: «hablar de España en aquellos instantes, era hacer campaña por la restauración de la democracia también en Cuba» (Nicolau 4). Por ello, Hernández Travieso expuso que los sucesos se avenían más que nunca a los ideales de independencia de la Hispanocubana de Cultura. Se había expuesto en más de una ocasión que la Institución estaría libre de políticas, sectarismos, escuelas y propagandas unilaterales. Estaría solo al servicio de la ciencia y el arte. Rechazarían por igual las presiones tendenciosas contra la independencia de la verdadera cultura y a aquellos que pudieran aspirar a usar sus recursos para medros personales.

La solidaridad con el pueblo español fue un hecho de gran trascendencia histórica en Cuba. La fuerte presencia española

en el país jugó un importante papel. Sin embargo, dentro de la Institución Hispanocubana de Cultura muchos miembros de origen español tomaron partido por Franco (Hernández 826). Según Hernández Travieso:

Creo que este grupo llegó a establecer un centro hispánico de neto sabor falangista; en tanto que, los españoles marxistas o de extrema izquierda, también se replegaron a otra casa de peculiar cultura. Ni unos ni otros quisieron permanecer vinculados al centro de convivencia democrática que era la Hispanocubana, que desde el primer instante reconoció los derechos morales de la República Española, como único ámbito de gobierno emanado del pueblo hispano (Ídem).

Por tanto, los ataques abiertos o solapados se hicieron evidentes, ataques que se revertían en la persona del presidente. Los colaboradores y miembros animaron a Ortiz a persistir en el proyecto. Se organizó la «Alianza Cubana por un mundo libre». Puede afirmarse que esta fue la última acción de envergadura que se llevó a cabo dentro de la entidad. Sin embargo, el triunfo aliado brindó satisfacción a Ortiz y sus consocios. La desaparición definitiva de la Institución Hispanocubana de Cultura en 1947 fue inevitable. Otras instituciones habían recogido sus enseñanzas y las ampliaban en renovados esfuerzos.

### **Bibliografía**

- DEL TORO GONZÁLEZ, CARLOS (1996): *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana. Impreso.
- HERNÁNDEZ TRAVIESO, ANTONIO (1956): «Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura», en *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, Impresores Úcar, García, S.A., La Habana, Vol. II: 819-827.
- LIZASO, FÉLIX (1938): *Ensayistas contemporáneos*, Editorial Trópico, La Habana. Impreso.
- NICOLAU GONZÁLEZ, RAMÓN (1981): *Cuba y la defensa de la República Española (1936 -1939)*, Editora Política, La Habana. Impreso.
- PÉREZ ESPINOSA, ELDA ROSA (2015): «Defensa de la identidad cultural cubana a través de la Institución Hispanocubana de

- Cultura». Tesis. Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Impreso.
- PLÁ LEÓN, RAFAEL (2002): «Cultura y nación, apuntes para situar el problema de la identidad cultural latinoamericana», en *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo*, tomo I, Ed. Feijóo, Santa Clara. Impreso.
- ORTIZ, FERNANDO (1936): «Nota del director», *Ultra*. Jul. 1936. Impreso.
- \_\_\_\_\_: «Ya en el tercer año». *Ultra*. Jul. 1938: 576. Impreso.
- \_\_\_\_\_. «En el cuarto año». *Ultra*. Jul. 1939: 576. Impreso.
- \_\_\_\_\_. «El noveno tomo de *Ultra*». *Ultra*. En. 1941: 576. Impreso.
- VITIER, MEDARDO (1970): *Las Ideas y la Filosofía en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana. Impreso.